

PICARDÍA MEXICANA

Por Juan M. LOPE

DURANTE EL presente siglo se han multiplicado los estudios e investigaciones sobre la lengua hablada, coloquial. Con ello se ha rectificado y superado una tradición que tenía ya muchas centurias de existencia. La Gramática tradicional, en efecto, extraía sus materiales e informaciones casi exclusivamente de la lengua escrita. El nacimiento mismo de la Filología se produce como consecuencia de la necesidad sentida en la Grecia clásica de interpretar, de "rejuvenecer" y modernizar los textos homéricos, escritos muchos años antes. En la lengua literaria, pues, enrosca sus raíces la investigación filológica. Durante siglos, la situación es fundamentalmente idéntica. Los grandes poemas medievales, las extraordinarias novelas clásicas, los sorprendentes dramas barrocos son los únicos manantiales en los que bebe la Gramática tradicional. Lo que Garcilaso, Cervantes, Lope y Quevedo escriben, queda pronto codificado y sancionado por los filólogos del Renacimiento primero, y por la joven Academia de la Lengua después. Voces hay en el *Diccionario* oficial de nuestro idioma que merecen el alto honor de quedar allí registradas por el simple hecho de haber sido usadas una sola vez por alguna de las autoridades clásicas del idioma. Mientras tanto, la lengua hablada por calles y plazas, la lengua familiar, viva y real, permanece olvidada o regalada a un segundo plano. Raro es el autor que se digna distraer su atención en pro de tan baja y despreciable modalidad del idioma. Alguno hay, desde luego: Juan Hidalgo, por ejemplo, curioso investigador —a comienzos del siglo XVII— de la lengua de germanía. Y Gonzalo Correas, recopilador de los dichos, refranes y cancioncillas con que gusta de recrearse el pueblo. Mas, frente a ellos, la muchedumbre de eruditos filólogos, de estirados académicos, de intransigentes casticistas, que sólo aceptan como bueno lo que hubiera estado en la pluma —que no en los labios— de Calderón, Cervantes o Tirso de Molina.

Las cosas han cambiado radicalmente. Los filólogos se han dado cuenta cabal de que la lengua hablada, el "argot" popular es tan digno de estudio como las más rebuscadas y originales metáforas de los grandes poetas. En todos los países se han sucedido los estudios sobre el habla familiar, sobre la lengua vulgar, e inclusive sobre la jerga de los delincuentes, gitanos, criminales, pícaros y demás "hombres de mal vivir". La misma suerte ha corrido el español de México: Wagner, Dario Rubio, Roumagnac, Trejo, Chabat y otros muchos estudiosos se han afanado por ilustrar esa rica y vitalísima faceta de la lengua hispánica. Y últimamente, Agustín Jiménez. Su libro, su *Picardía mexicana*, motiva estas rápidas líneas. Libro de gran éxito, enorme éxito de librería. Cuando esto escribo, van ya seis ediciones; es muy posible que la séptima salga a la luz antes que mis comentarios. Éxito total, rotundo... ¿Justificado? —Según se juzgue. El valor, el mérito de un libro —como el de

todas las cosas— puede variar de acuerdo con el ángulo de mira desde el que se observe. *Picardía mexicana* es un libro sumamente divertido, ágil, alegre. ¿Mérito del autor? —En gran parte sí, sin duda alguna; pero en mayor parte aún, mérito del pueblo mexicano, verdadero autor —creador— del contenido de la obra.

Mas no es mi intento juzgar el libro desde todos los puntos de vista posibles. Sé que al señor Jiménez le interesa conocer la opinión de un lingüista. Aprendiz de lingüista, si acaso, aventuraré yo un juicio meramente filológico sobre el libro. Así considerado, debo empezar por consignar que su lectura deja una impresión un tanto decepcionante; el libro es, evidentemente, algo incompleto. Y lo es a sabiendas —y por voluntad— de su autor. Imposible, desde luego, recoger todas las expresiones "groseras" de un pueblo idiomáticamente tan original e innovador como el mexicano. Imposible reflejar, en un solo volumen, todos los modos de decir de una nación. No obstante, *Picardía mexicana* produce cierta decepción; en el lingüista, por supuesto. Sus materiales son, relativamente, bastante pobres. Relativamente sólo; quiero decir que —aunque no se recojan *todas* las expresiones relativas a cada tema, cosa materialmente imposible— sí se da cabida a multitud de voces, frases, giros que sólo en este libro podrán hallarse impresos. No es pequeño el servicio que, con ello, hace Jiménez a la lingüística. Sin embargo, mostrándonos un poco exigentes, deberemos reconocer que los materiales reunidos representan sólo una pequeña parte de los que el pueblo usa en sus conversaciones. Además, la presentación de esos materiales resulta, en la mayoría de los casos, excesivamente descarnada, desprovista de información. Un ejemplo: se nos declara que el pueblo dice, por 'comer', y entre otras muchas cosas, *filear* o *filetear*. El dato es útil, tiene interés. Pero... ¿por qué detenerse ahí? ¿Por qué no explicar el origen de esos verbos? ¿Por qué no añade el señor Jiménez la interpretación popular de tales voces? Las etimologías que los hablantes otorgan a las palabras por ellos usadas pueden ser falsas, erróneas, pero no por eso estarán desprovistas de interés para el lingüista. A éste le conviene saber cómo interpretan, cómo "sienten" las palabras los hombres del pueblo que las emplean.

No hay rigor, no hay método, no hay sistematización en el libro; hay —eso sí— ingenio, amenidad, picardía. Es muy posible que lo uno se oponga a lo otro. Y el autor ha preferido sacrificar lo primero a lo segundo. De ahí su éxito; de ahí, también, sus deficiencias. A. Jiménez ha sabido acercarse al pueblo con el oído atento y la pluma dispuesta; no es pequeño mérito, ni mucho menos. Mas no ha sabido —o no ha querido— estudiar esos materiales populares, explicarlos, razonarlos, interpretarlos. Y al eliminar muchos de los recopilados, al hacer una selección de entre la ingente masa, si bien ha propor-

cionado mayor agilidad al texto, ha traicionado también al pueblo hablante, al verdadero creador. Ha mutilado caprichosamente la lengua popular y, con ello, ha defraudado al lingüista. Y digo "caprichosamente" porque el señor Jiménez —es confesión propia— ha elegido de entre la inmensa muchedumbre de expresiones populares sólo las que pudieran calificarse de "groseras", de malsonantes o inmorales. Y ello ¿con el fin de escandalizar, de "epatar al pequeño burgués"? —No me atrevería a afirmarlo; pero sí me permito hacer constar que, hoy en día, todo lo que pueda ser motivo de escándalo tiene casi asegurado un éxito completo.

Pero que conste que mi objeción no radica en la orientación dada por el autor a su libro. Ni yo me escandalizo ni, aunque así fuera, dejaría de reconocer el inmenso valor filológico —no digamos sociológico o psicológico— que esos materiales "escandalosos" pueden tener. Mis reparos apuntan todos en la misma dirección: como aprendiz de lingüista, lamento que A. Jiménez haya actuado más como "pícaro" que como "investigador". Por ello, considero que no debemos irrumpir en exclamaciones admirativas ni en diti-rambos excesivos, ni mucho menos situar a *Picardía mexicana* —como algún periodista ha hecho— en un plano que no le corresponde: el de la investigación científica. Nada justifica que, ante este interesante libro, se menosprecie la labor de académicos, historiadores, sociólogos o ensayistas, y se dirija a tan respetables estudiosos una de las frases recogidas en el libro: "Ábranse, piojos, que *ai* va el peine." Por favor, no confundamos los planos.

RENÉ MARQUÉS, *En una ciudad llamada San Juan*. Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1960, 134 pp.

SI BIEN los cuentos de este volumen alcanzan un nivel artístico decoroso, y están escritos con recursos similares y ofrecen un mismo clima, no todos los relatos son igualmente afortunados.

"En la popa hay un cuerpo reclinado", "Dos vueltas de llave y un arcángel", "El delator", "La hora del dragón", sobrepasan en calidad al resto del tomo; en ellos el autor emplea sus mejores dotes de narrador: obtiene desarrollos perfectos, desenlaces justos, sugiere las situaciones sin pecar jamás de obvio, usa adecuadamente el monólogo interior y los cambios de tiempo, sus imágenes son eficaces medios narrativos y no adornos inútiles.

Pero las virtudes de René Marqués son al mismo tiempo sus limitaciones; el autor tiene predilección por los tratamientos dramáticos y por los temas crueles (aun grotescos), se demora describiendo las sensaciones de los personajes. A pesar de su temperamento romántico los relatos son valiosos, precisos aun en su estilo cargado de tintas oscuras; pero cuando descuida la acción y se entrega a sus inclinaciones, se sale del género, cae en el efectismo de una prosa poética, inconsistente por subjetiva (no muy lejos